

LA OTRA  
*Ilíada*

Ethel Krauze

POESÍA



# **LA OTRA ILÍADA**

**ETHEL KRAUZE**

## **La otra Ilíada de Ethel Krauze**

ISBN: 978-607-98076-9-6

Primera edición electrónica, agosto 2018

Copyright DR etalcontenidos SC

Francisco Márquez 125A, Colonia Condesa,

Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06140,

Ciudad de México

[www.etalcontenidos.com](http://www.etalcontenidos.com)

[contacto@etalcontenidos.com](mailto:contacto@etalcontenidos.com)

Diseño editorial: Elsa Mendoza para etalcontenidos sc

Diseño e ilustración de portada: Andreína Villaseñor

Cuidado editorial: et.al contenidos SC

El proceso editorial de este libro se concluyó en agosto de 2018

GRACIAS POR COMPRAR UNA COPIA AUTORIZADA DE ESTE LIBRO  
Y POR RESPETAR LAS LEYES DE DERECHO DE AUTOR.  
AL REALIZAR UNA DESCARGA LEGAL FACILITAS QUE et.al  
CONTINUE CON SU LABOR EDITORIAL







**Preludio**

Canta ¡oh Diosa!, mi cólera encendida,  
que ésta es la *otra* Ilíada:  
la Ilíada de Briseida, la cautiva,  
la rebelión de la salvaje,  
la colmada de ayes y de heridas;  
el corazón de la mujer perdida,  
violada en las batallas,  
funesta a las miradas,  
ardiente y negro cisne entre la bruma;  
ésta es la Ilíada de la loca  
que teje lunas en la sombra;  
la Ilíada nueva, aullido de la loba,  
la que canta el revés de la mentira:  
el pedernal de la vencida,  
el trémulo secreto de la bruja  
y el humo gutural de la guardiana.





**CANTO PRIMERO:**

*El cautiverio de Briseida*

# I

El odio es puro: líquido, hermoso.  
El plato, sucio.  
El vaso hiede: pérfido, pringoso.  
Apesta el fregadero  
con sus ollas de costra dura y seca,  
con su capa de grasa:  
su vieja cucaracha retorciendo  
piruetas en la jerga.

Tienes un odio a flor de alma,  
—más que de piel, de entraña—,  
si alma es lo que guardas en el polvo  
del bulto de tu cuerpo,  
*eso* que escapa poco a poco  
entre la coladera,  
junto al lodo del trapeador,  
los pelos sueltos en la tina,  
y una familia entera de hormiguitas  
que hacían el mandado entre las sobras  
del bolso del mercado.

Tu odio sube como lava  
tu pecho es un volcán a punto,  
—ay, siempre a punto, siempre,  
no hay tiempo para la erupción,

¿quién limpiaría el tiradero?,  
¿vale la pena el breve desahogo  
para tamaño esfuerzo?—

Tu odio sideral  
no cabe en el infierno,  
la bóveda celeste  
no tiene la medida  
no puede contenerlo,  
te sientes más allá  
de todo entendimiento,  
incluso más allá del sentimiento,  
¿será esto el paraíso  
del odio ardiente y puro?  
¿Un lugar infinito  
y eterno para el odio?

Es el Topus Uranus de Platón,  
el Nirvana envidiable de los Budas  
que meditan sin tregua Iluminados,  
con su poder de ser y ya no ser  
al mismo tiempo.

Tú,  
con todos tus poderes  
barriendo la cocina,  
¿habrás llegado a la pureza,  
pureza eterna e inmutable,  
para sentirte viva,  
candente, tú, tú misma  
de carne y hueso,  
de corazón hirviendo,  
con alma, ahora sí,  
con alma de guerrera,  
con alma de odiadora?  
¿Habrás llegado a no ser *eso* que odias  
y ser al mismo tiempo el odio con que odias?  
Iluminada seas,

llegó tu hora.

Nadie ha cantado una oda al odio puro de lavar los trastes,  
al odio feliz de saberse odio,  
de sentir ese odio,  
de respirarse así,  
como un ramaje de nervios que suben por los codos  
y florecen temblorosos en la yema de los dedos al toque de la fibra  
y del zacate,  
¡oh, la espesura de la grasa,  
los trozos de cebolla renegridos  
la cáscaras de huevo  
pegadas en el vaso!  
¡oh, vestigios de leche fermentada,  
el tufo de tocino  
quemado y esparcido  
en la tarja repleta de cucharas!

Nadie predijo que la Gloria es fácil

## II

Nadie ha escrito los versos más tristes de este día  
y del otro  
y del otro también,  
del que le sigue...  
los días que se repiten sin sombra de poesía,  
porque el espacio es un fondo de cesto de basura;  
el aire,  
telaraña de polvo en las cortinas;  
el amor,  
un amor en abstracto por la vida,  
por los otros,  
la familia,  
la casa,  
la casa en pulcritud,  
la que no existe:  
*laidea* de la casa;  
porque la casa verdadera  
es la que tienes que limpiar,  
barrer,  
y sacudir  
y sacudir,  
barrer,  
limpiar.

No te detengas nunca,  
nunca,  
porque se acaba el sueño,

y si despiertas:  
un muladar,  
un horizonte de moronas  
en el suelo te espera.

### III

El baño inspira un capítulo aparte,  
y qué decir del excusado:  
tres poemas barrocos,  
tres sonetos de cuidadoso metro  
endecasílabo  
con sus versos pareados,  
sus sílabas silbantes,  
y un melódico ritmo de compases.

El cuarto de los niños:  
un cuento con lobos feroces y dragones de fauces rugiendo llamaradas,  
ese cuarto que soñabas en tu dulce espera  
pintado de rosa, de azul, de menta,  
de algodón de azúcar,  
con cajoneras de dibujos  
de ositos y praderas  
para los angelitos que Dios te permitiera  
engendrar, parir, cuidar, alimentar, educar, y más aún, amar.

Si alguien conoce la inacabable espiral de la palabra *amor*,  
ésa eres tú.

Los adoras,  
darías la vida en un instante  
por cada uno de sus mil cabellos,  
entregarías el hígado,  
el páncreas,

la cabeza,  
te cortarías la teta izquierda  
y también la derecha  
por cada uno de sus dientes  
de leche,  
por sus sonrisas cascabeles  
y sus guiños de púberes  
y adolescentes.

Pero, ¿en qué momento el grande le enseñó al de en medio  
la guerra de calcetas contra arañas?

Una araña patona los invita:  
sus tentáculos cuelgan en el techo...  
¿En qué momento, sabía tú,  
se te ocurrió colgar en su recámara  
el candil de la abuela?

Primero la escalera  
en pos de las calcetas echas bola,  
subir entre sudores, alcanzarlos,  
desenredarlos con cuidado  
de focos puntiagudos que figuran  
una llama que arde en miniatura;  
desenrollarlos,  
despercudirlos en un mar de cloro,  
tallarlos con la fuerza de tus manos  
—dedos, palmas, antebrazos, brazos, hombros, tórax, cintura  
y dos magníficas caderas—,  
enjuagarlos, torcerlos  
retorcerlos de un lado  
retorcerlos del otro,  
volver a retorcerlos de ambos lados,  
colgarlos,  
dejarlos secar,  
descolgarlos,  
doblarlos con intenso amor,

depositarlos con cuidado en la repisa del armario.

Suspirar,  
porque viene la segunda versión.

¿En qué momento se te ocurrió vestir sus lindas camas  
con rodapié,  
sábana de cajón,  
sábana plana,  
almohada con funda protectora,  
funda de almohada,  
cobertor,  
cubrecama  
y un montón de cojines coloridos?

El rojo, de peluche, metió un gol en el librero;  
allá quedó el tercero, con marcas de patadas,  
junto al mapa de América;  
el cobertor es un molusco agazapado entre las patas de la cama,  
la funda de cajón fungió anoche  
de tienda de campaña;  
la funda de la almohada es la casita de las hadas  
de la nena, tu hadita hermosa y buena.

Mañana, será sirena, entonces,  
la funda servirá de cueva  
la gruta submarina donde duerman  
las conchas, los cangrejos  
y los cepillos de dientes con los que los peina.

Las versiones son tantas,  
como el sol saliendo cada día en la mañana.

El cuarto de los niños es teatro sin retorno,  
si ha sido inaugurado  
no hay días de descanso,  
no hay renunciadas,  
no hay cambios de libreto.

No tiene espectadores,

no cuenta con aplausos.

Eres el único personaje en escena,  
te encuentras sola con tu prodigioso amor.

## IV

Toda la casa es una Ilíada,  
es tu Ilíada,  
tu personal batalla contra el enemigo:  
tu destino de polvo, mugre y chinches,  
te avala el trapeador, la escoba, la cubeta,  
te cubre el delantal, la jerga y el plumero,  
te acompaña la sangre de tu madre  
y de tu abuela,  
te redimen los rezos de tus tías  
tus primas  
tus hermanas  
tus vecinas;  
te sublima el poema irreverente,  
locuaz y bufonesco,  
que utiliza los versos  
para algo tan intrascendente como lo que tú haces,  
tan poco atractivo para las artes literarias,  
que nunca alcanzará el honor de Aquiles,  
como tú no has alcanzado el honor de tu hombre.

## V

Porque hay un Dios  
¿o Diosa?  
en el azul del cielo que te mira  
con su ojo de fuego,  
tú resistes,  
y por eso  
en nombre de tu apego,  
te ha dotado, a cambio  
de meses de tu sueldo,  
de un ejército aliado  
al centro de tu hogar:

Festín de máquinas inteligentes:  
lavadora  
microondas  
horno eléctrico  
lavavajillas  
licuadora  
aspiradora,  
¿quieres más?

Orgía de cables,  
biblioteca de manuales en todos los idiomas,  
sinfín de aditamentos  
que haz de poner,  
quitar y empotrar,

colgar y hasta enrollar:  
¡la Gloria ha tocado  
la lágrima que asoma!,  
y presta a enjugarla,  
sonríes  
como toda mujer agradecida.

¿Qué importa recoger, de cada cuarto,  
la ropa percutida?

Colocarla en el cesto,  
revisar los bolsillos.

sacar las moneditas,  
buscar en las camisas  
pañuelos arrugados,  
boletos para el metro.

No importa hacer dos bultos:  
la blanca y de color,  
dos tandas, dos medidas,  
dos ciclos de lavado  
dos tiempos de encendido.

No importa que al final de cada ciclo  
desandes el camino,  
saques uno por uno los calzones,  
los extiendas, los cuelgues,  
banderas de tu amor,  
en todo el tendedero.

No importa que si llueve  
corras a destender  
y a volver a tender  
en los respaldos de las sillas  
o el barandal de la escalera.

No importa que después  
vuelvas a destender,  
y a doblar  
a colocar en las repisas  
cada cosa en su lugar,  
y separes la ropa de planchar.

No importa salpicar  
¡de nuevo en agua!  
ropa acabada de secar,  
para restarle arrugas a la tela  
y luzca tu planchado  
de abuela sempiterna.

—La plancha, con su burro,  
es digna de una oda propia—

Nada, jamás, importa,  
tú tienes una máquina que te comprende,  
una aliada  
un regalo del cielo;  
la humana inteligencia  
te prodiga  
la bendición de tus ancestras,  
al lado de su envidia:  
¡qué fácil es todo para ti en estos días!

Ya no lavas los platos  
con tus manos de seda.

Tus magníficas manos  
sólo enjuagan las ollas  
en el chorro del agua,  
arrancan los pegotes al sartén  
donde freíste huevos,  
remojan costras de la harina

que se incrustó en el molde antiadherente.

Sólo remueven  
de cada tenedor  
las tiras de espinaca,  
los trozos de tomate  
y las moronas de las tazas  
donde sopearon las galletas,  
las semillas de naranja de los vasos de jugo,  
todas aquellas pequeñas sobras  
que no deben entrar  
en el sagrado espacio del novísimo aparato.  
¡No oses estropearlo!

Sólo debes poner cada utensilio  
en su sección  
uno por uno,  
así, cuidado,  
que no se toquen  
que no te obstruyan el drenado.

¡Tus manos mariposas  
que tejen los milagros  
en todas las rejillas  
de máquinas gloriosas!

Tus manos, aves en arrullo,  
sacando cada plato,  
secando con un paño  
exóticas concavidades  
que no logra secar el termostato  
(¡que nunca prometió!,  
que conste, no es su culpa,  
la advertencia fue plena y declarada  
en la etiqueta)

Aladas manos danzan

entre los anaqueles,  
coreografiando a los sartenes,  
orquestando el tintín de los cubiertos  
en su cíclico viaje a los cajones.

Ván las ollas a las repisas altas,  
abajo los platitos para el té,  
y tú, madona de la vida diaria,  
te ganas un *encore*,  
¡otra vez! ¡otra vez!

No te preocupes.

Faltan cuatro horas para la siguiente función.

Antes de despedirte  
y agradecer al público fantasma,  
te acercas a mirarla:  
es ella,  
la que tanto esperabas,  
la más lujosa  
de las lavavajillas del mercado,  
¡la ciencia está al servicio de tus manos!

¡Quién puede contenerse!

*Salid,*  
*salid sin duelo lágrimas corriendo.*

## VI

El hijo del Cronión y de Latona  
viene entrando, rugiendo por la puerta  
a darte el beso de la noche,  
el premio a tu obediencia:  
un semidiós en forma de marido  
al que aguardan tus ansias  
desde hace seis semanas...

Ha peleado en los campos de batalla  
enfrentando a temibles enemigos,  
que ha perdido vigor en tanta hazaña  
sorteando fieras en medio de la calle,  
mientras tú, protegida en tu nicho,  
tejes las horas muertas con su sangre.

No le exijas una cuota más de servicio.

Espera, como esperan las flores, derramando su néctar,  
el sorbo de un pico enamorado  
hasta que el viento despierte al colibrí  
y lo lleve a tu puerta, con las alas enhiestas  
y el corazón, de sed, enfebrecido.

Lee sonetos de Shakespeare,  
toma té de ciruelas,  
repasa las compras de mañana,  
los pendientes de la escuela,  
las cuarteaduras del plafón.

Es ley de toda hembra  
velar el sueño del guerrero.

Te miras al espejo  
rodeada del insomnio de tu cuerpo,  
encerrada en el baño,  
(los niños bendecidos en su cuarto)  
los ronquidos a un lado de la cama,  
danzan tus dedos en la malva flama  
que te abrasa.

Sientes el palo imaginario (¡no de escoba, no!)  
mejor la longaniza... ¿no puedes olvidar por un momento el  
refrigerador?

¿las carnes frías para el *miércoles de plaza*?

¡Es de frutas y verduras, mentecata!

Concéntrate en tus tetas, en tus nalgas,  
caderas de bengala, mamacita,  
diosa griega y egipcia y mazehuala,  
y todas las que inventes en este mismo cielo,  
el único que es tuyo por entero:  
el hoyo de la taza del retrete  
donde te has sentado a culebrearte el vientre.

¡Canta, oh diosa, la cólera de aquellas  
que se quiebran de gozo en solitario!

¡Canta la dulzura de sus manos!

¡Canta el candor de sus ovarios:  
blancos humores expulsando,  
gemidos silenciosos,  
a resguardo de oídos delicados!

*Ring, ring, ring...*

El despertador ha sonado:  
la hora del desayuno ha llegado.

## VII

El grande quiere *hot cakes* de plátano con nueces;  
el de en medio, molletes de frijoles;  
la pequeña, su cereal de colores con pasitas;  
y todos, su chocolate caliente con espuma,  
batido en molinillo de madera  
como hacían las abuelas,  
derritiendo a fuego lento las tablillas.

Ninguno quiere en microondas,  
ni pensarlo.

Es lo mismo, chiquitos, les suplicas.

No sabe igual, no sabe igual. Ni modo.

No hay discurso de Hegel capaz de remediarlo.

¡No hay harina, mi Dios, para los *hot cakes*!

¿En cuál embrujo del súper te perdiste?

¿En los tintes de pelo?,

¿en las cremas de noche?

¿O sería en las nuevas toallitas protectoras?

¡Mamá!

Tres patadas a las patas de la mesa  
y un jalón de pelos al hermano,  
y un ladrido del perro  
y una nena regando la lechita en su vestido.

El marido en su diaria catalepsia:  
es un ciego y un sordo

que aparece de prisa ante la escena  
—relámpago de hormonas danzarinas,  
enfundado en aromas de lavanda—  
presto a partir de nuevo a sus hazañas,  
irá a desayunar camino a la oficina  
para no presionarte, vida mía.

¡Adiós, Aldonza Dulcinea, los entuertos me esperan  
al paso de la esquina:  
yo desfago los versos,  
tú limpias la cocina!

## VIII

Odio la mugre,  
la mugre pegosteadada,  
el *delirium tremens* que me causa  
el domingo en la mañana  
su imperio universal,  
su infinitud,  
su mano telaraña envolviendo mi casa.

Odio mi casa,  
mi casa hermosa,  
sus sonrientes ventanas,  
sueño de pájaros,  
macetas de jazmines.

Odio lavar esas ventanas, tallar sus mosquiteros  
con fibra y con espuma,  
odio mirar la barda derruyéndose bajo el lodo de las lluvias,  
el bermellón descolorido de sus muros ante el rigor del terregal.

Odio el suelo de la cocina  
más que ninguno: ya lo dije, ¿verdad?,  
pero mi odio no es cualquiera,  
es el odio en su esencia estructural.

Es un odio que hiende las paredes, las juntas del mosaico,  
intersticios del silencio donde duermen su limbo las cosas materiales.

El suelo de la cocina es la mugre en persona,

la mugre entera,  
perfecta,  
la diosa mugre  
que gobierna la *música de esferas*:  
si Pitágoras hubiera contemplado el muladar de mi cocina,  
ese suelo de asquerosas partículas  
fossilizadas,  
le habría llamado *música de mierda*  
a aquella ley suprema  
que el universo teje en armonía.

Sí, el suelo de la cocina es abismo y es cúspide,  
es mar de mugre donde mi corazón se agita,  
es horizonte de llagas en mis ojos errabundos,  
es el único tema del poema  
que puedo escribir esta mañana:  
el silbo de enero es tenue,  
y calma.

## IX

Soy una enferma, lo sé,  
pero mi enfermedad no tiene nombre,  
me enferma el mundo con su mugre  
o la mugre del mundo  
o el mugroso mundo donde habito  
encerrada en un círculo de odio  
y gritos silenciosos indignos de una oda,  
sin héroes que ardan en combate,  
sin Ilíadas, sin coros,  
sin corceles alados, furibundos,  
rasgando el aire con sus crines  
para trazar un arco incandescente  
en el perfil del tiempo que no muere.

No hay navíos surcando untuosos mares  
ni colosos ni monstruos submarinos,  
cíclopes, islas encantadas,  
tesoros de aguas dulces  
doncellas bajando del Olimpo  
con luengas cabelleras de oro y plata.

No hay tragedias de Eurípides, ni Sófocles, ni Esquilo.  
No hay Medeas ungidas de arrebatos,  
ni Yocastas ni Antígonas  
fluyendo en ríos de sangre.

No está Helena rompiendo con su hechizo  
el rumbo de dos reinos,  
el curso de un destino.

Sólo estoy yo, mirando con asco cada paso que doy,  
sintiendo en cada doloroso parpadeo  
la desmesura de mugre que abate mi cocina,  
sobre todo su suelo:  
un largo y lento viaje hacia la nada.

## X

Hoy toca hablar del excusado:  
esa boca de lobo  
con sus tiras macizas de excremento,  
renegridas, siniestras, pestilentes,  
enseñando los dientes sin pudicia  
y su lengua de agua amarillenta,  
insaciable bocado  
al paladar del ano.

Locura es lo que tengo.  
¿0 es el dedo de caca puntiagudo  
en las sordas paredes de la taza  
aquello que perturba el pensamiento?  
¿Acaso tengo yo la culpa  
de abrigar semejantes desatinos?

Decidme, colibríes del campo,  
luciérnagas doradas,  
florecientes avisvas en picada,  
vosotras, sabias,  
obisvas impertérritas del Cosmos,  
dadme el secreto de sus leyes,  
la savia pura que me vuelva buena,  
bendita,  
serena,

amante de su casa,  
bienhechora del baño y sus anexos:  
tina, espejo, regadera,  
tapetito de felpa,  
vaso de pasta y sus cepillos...  
avemarías y padrenuestros  
que acompañan el rezo que hoy convoco  
ante el cirio encendido  
y el corazón henchido de esperanza.

¡Por los siglos, hermanas, que nos faltan!

## XI

El patio, la azotea, los bichos del jardín;  
regar, alimentar a los canarios,  
deshierbar las macetas...

¡Todo sería feliz y hermoso si no fueras así!  
Si tú no fueras tú,  
si fueras como espera el mundo que tú seas.

Como tú mismas esperas ser,  
luego de limpiar tu vomitada en estas páginas,  
romperlas,  
quemarlas,  
arrojarlas al fango,  
guardarlas en la última esquina del armario:  
el sórdido agujero de tu mente.

Tu mente, tu mente es tu enemiga  
la miga envenenada que un hado cachicuerno  
te colocó en el té mientras soñabas.

No tienes tú la culpa:  
es alguien más dentro ti  
haciendo el juego sucio  
tramando la siguiente palabra que te brota del vientre  
eructando su pus en los renglones,  
como si parieras un sapo retorcido  
en medio de un eclipse cruel.

No llames al suplicio, mujer,  
no es para ti la hoguera,  
te redime el embrujo del que has sido presa:  
el dardo endemoniado que late en tu cerebro,  
el hipnótico eco de un rapto de sirenas  
los embates de un ángel henchido de soberbia,  
caído en el infierno,  
purgando su condena.  
¡Alégrate, mujer, ten fe!  
¡Arráncate el cerebro,  
destuércete la mente,  
recupera tu natural destino,  
el brío de tu eterno mujerío!

## XII

Bien,  
pondré las cosas al revés:

Quiero el botín, me pertenece,  
me lo he ganado a fuerza de trapazos.

No una hembra que yazga a mi mandato  
—¡que yo soy ésa!—

Quiero un botín en forma, que me cuadre,  
que aplaque el hambre del ejército  
que llevo dentro.

Quiero el botín de la cocina:  
que sea para mí,  
entero.

La rebanada del pastel,  
la última,  
aquella que anida una pelea  
salivando los belfos sin pudicia,  
gritándola entre ayes de tortura  
metida la cabeza  
en el fondo recóndito y estrecho  
del refrigerador.

Que yo pueda decir: “Es mía,  
ya la saqué, me la comí,  
la saboreé como roedor,

me supo a un trozo de mi propia gloria”.

Que obedezcan, que sufran,  
que escriban un soneto  
contando cada verso,  
cantando al universo  
la saga de esta historia.

La cacerola de patatas,  
el postre favorito de los niños,  
la malteada de fresa,  
el *quiche lorraine*, la tarta de manteca... todo,  
lo quiero todo.

Engullir como loba,  
engordar como globo,  
ser un planeta de un tamaño loco  
y rodar echa bola  
en el océano del cosmos.

Mas no, no debo,  
me volvería un gazapo  
en esta épica de barro,  
un fardo en el ojal de mi marido,  
un pliegue mal planchado, un fruncido.

He de ser flaca como el nardo,  
sin olor a pescado,  
sin brazos como gelatinas,  
sin lonjas al costado,  
sin papada de pípila  
ni patotas de gallo  
entre los párpados.

Ser un disfraz,  
la máscara de un perro almidonado

con su falda de acero,  
sus tacones de aguja  
y un pedernal clavado a media espalda.

¡Ser gorda, ser vaca!  
Ser jamona, jamona  
una puerca espantosa gimoteando,  
rebotando  
con la panza volcada al lavadero;  
sin culpas  
sin embozo,  
sin velo.

Ser marrana bestial es mi deleite,  
mientras lamo los restos de cajeta  
pegoteados de moscas en la mesa.

¡Ay, mi botín, Briseida!  
Que te venere Aquiles, que te atienda.  
Yo me quedo metida en la alacena  
entre frascos de mieles y jaleas,  
y te reto a la más dura contienda  
que mujeres de todas las edades  
en todas las centurias  
y en los próximos siglos de los siglos  
hayan jamás imaginado:  
¿Qué vale más?

Escucha bien, esclava de hombre,  
Briseida, tan deseada,  
¿ser botín en tu Ilíada,  
o sentir en tus labios  
la densa,  
dulce,  
suave capa  
de mar de chocolate concentrado  
en eso que los dioses de la industria

han dado en bautizar como *nutella*...

¡Oh, impertérrito sabor a azúcar  
con su pérfido toque de avellanas  
en una succulenta cucharada!

Pues sí,  
soy ésa,  
la gorda infecta, la cautiva,  
la que grita su nombre y su vergüenza;  
mas espero un regalo de los hombres  
y un signo de piedad entre los dioses:  
no moriré mientras me lean  
en un viaje en avión,  
en una playa,  
en el confín secreto de una lágrima.

Por eso el canto convertido en página,  
por eso mi respuesta en esta *Ilíada*  
que sangra también,  
que es mi batalla  
que es mi historia, mi gesta  
y mi desgracia,  
para honra del mundo y sus estrellas.





**CANTO SEGUNDO:**

*La rebelión de la salvaje*

# I

Y de repente, me perdí.  
Perdí la brújula,  
solté el timón,  
me abandonó la diosa;  
las huellas de la loba  
cruzaron senderos errabundos:  
desemboqué en el mismo lecho  
oscuro y frío, tembloroso,  
el mismo cuerpo,  
la misma posición  
de rata en su guarida;  
oyendo mi respiración,  
conteniendo el sollozo,  
burlando pasadizos al abismo,  
suplicando ayuda a los escuchas de la nada.

¿Dónde quedó mi grito,  
sepultado en la memoria de la antigüedad?

¿Mi lengua voraz, de doble filo,  
mi saliva sanadora,  
mi corazón indómito de cazadora,  
mi piel de corza,  
mi vuelo de paloma en celo?

¿Quién soy

sin nadie más que yo?

Una mujer perdida  
con los ojos abiertos  
al horror de estar aquí,  
arrojada al mundo, sin pan,  
sin agua  
sin cobija;  
ahogándome en mí misma,  
repitiendo el ritual  
de la mujer perdida,  
esperando,  
esperando...

Esperando un cordel,  
un clavo  
una señal  
un puño de maíz  
un beso;  
un globo  
un pañuelo  
un cáliz  
un perdón;  
otra mejilla  
otro dolor en el costado  
otro vestido nuevo  
otro banquete de moronas  
otra corona de cartón  
otro camión de la basura  
otro escalón al precipicio;  
otro,  
otro,  
otro,  
otro que la contenga,  
alguien que le cuente los dedos,

que le compre un rebozo  
que la peine,  
que le escriba un poema,  
¡que la encuentre!

## II

Tendré que descubrir a la guardiana de los tesoros:  
la guardiana del día  
y de la noche,  
la guardiana de los seres terrestres y celestes,  
de la vida y la muerte.

Tendré que desandar mis pasos,  
buscar sus huellas invisibles, con las manos uncidas a la tierra,  
con los ojos nublados hacia el cosmos.

Tendré que humedecer mis párpados con todos los aceites  
que broten de mi talismán,  
un talismán que he olvidado en los trasiegos de mi armario,  
un talismán en el que nunca creí.

¡Quién me oyera hablando de guardianas y tesoros!  
¡Quién me viera invocando talismanes perdidos entre telarañas!

¿Soy yo, la misma mujer que se viste ante el espejo para ir al  
trabajo?

¿Soy la que siempre está ocupada, la que nunca tiene tiempo para  
nada?

¿Quién, entonces, me persigue en mi cuerpo?

¿Quién me dicta estas preguntas?

La guardiana de todos los secretos,

es ella quien me llama;  
tendré que buscarla en las comarcas de mi alma,  
en las hendeduras de mi pensamiento,  
donde las olas sólo son espuma,  
y las palabras, relámpagos de bruma.

Tendré que recordar cómo llegar a su montaña,  
cómo cruzar los precipicios  
volando con una sola ala  
y cantando su nombre como si soñara.

Tendré que cancelar mis citas  
hasta nuevo aviso.  
Posponer las compras,  
reprogramar itinerarios.

Tendré que desoír consejos  
y atreverme a andar descalza sobre el pasto.

Siento que no podré caer hacia la nada  
ni soltar el abanico  
ni deshilar mi vestido  
hasta quedar desnuda;  
no, no podré desintegrarme,  
renunciar a mi puesto,  
a mi casa de campo,  
a mi collar de perlas en el cuello.

¡Guardiana de los grandes secretos,  
no me dejes así!

Dame tus tesoros ocultos,  
compártelos conmigo,  
no me pidas todos esos sacrificios.

¡No me obligues a retornar al origen de mí misma!  
Tengo miedo a ser de veras la que puedo ser.

### III

Una mujer tiene que practicar la llamada  
o el conjuro:  
su combativa sangre  
guarda los atributos del torbellino  
o la polvareda.

Tiene que aprender el camino de regreso  
a la casa de la Madre Salvaje  
cuando se apague el fuego.

Saldremos, hermanas,  
cuando se apague el fuego,  
saldremos cantando  
hacia el caldero de la bruja sabia.

Que nos encienda el hueso de los ojos  
con su antorcha de alas,  
con sus garras  
y su sombrero de media luna en la tiniebla.

Que nos encienda el musgo de las manos dormidas,  
que nos enseñe cómo se parte el pedernal  
y se lanza en el aire  
tejiendo un relámpago imborrable.

## IV

Quiero recuperar a la loba que habita en mí:  
afilarme mis garras,  
lamerme la pelambre,  
desenrollar la cola  
que ha permanecido guardada tanto tiempo.

Prometo cantarle a la luna cada noche,  
desenterrar semillas  
y lanzarlas al viento del desierto  
para que germinen avenidas de setos  
y dancen otra vez los duendes.

Prometo liberar orugas hibernadas  
en vasos de cristal,  
y arrojarlas al fuego de la aurora  
para que su sangre reverdezca en mariposas  
cuyas alas repiquen canciones de mujeres.

Voy a destrabarme el hocico,  
ensalivar mi lengua,  
chapotear en el lodo  
humedeciendo el cuerpo  
con el humus antiguo  
de todos mis ancestros,  
resucitar sus huesos a mordiscos

con sabor a pan,  
a madre leche,  
a caricias de tierra viva.

Prometo cantar sin fin,  
cazar el corazón de las parvadas  
y repartirlo en los apantles,  
rociarlo en las montañas,  
devolverlo en las miradas de las niñas  
que trepan en los árboles.

Prometo ser fiel a mis instintos  
de hembra sabia y vieja,  
recoger la raíz del manantial,  
atarla a mis ovarios,  
que me guíen sus aguas agitadas,  
su caudal espontáneo  
fiero,  
la plenitud de su descaro.

Hasta que cante la piedra,  
hasta que cante,  
aullaré en las comarcas  
al pie de las ventanas.  
Viajaré con el silbo  
y ahogaré los sueños  
en mi pozo negro.

Hasta que abran las piedras su garganta  
y el mundo cante una canción salvaje.

Sobre el tejado dejaré mis huellas  
hasta que cante la madera,  
hasta que canten los troncos de la higuera,  
trazaré con las patas

el hilo de mis venas  
y danzarán por ellas  
todos los ecos que mi nombre encierra.

La loba que en mí habita  
es una enferma de voz,  
una sed de lengua que palpita  
repitiendo el poema de la vida,  
uno solo,  
un aullido que arde sin hoguera.

Me volcaré en la nuez de tus pupilas,  
seré testigo y sombra,  
te morderé los labios,  
te arrojaré al abismo  
en picada,  
para que broten las alas que cargas en la espalda.

Prometo que no me alcanzarás,  
pero me seguirás por siempre  
husmeando mi guarida  
en pos del surco de mi canto.

Nada me vencerá,  
ni las injurias ni los rezos,  
ni las lisonjas, ni los miedos  
de quienes quieren enclaustrarme  
en el silencio,  
en el olvido,  
en el callejón de los muertos.

Voy a inundar la tierra con mis huesos,  
a juntar cada uno de mis dientes,  
a esculpirme de nuevo,

a florecer,  
a cantar estos versos.

## V

Hay una mujer dentro de mí  
con fuego oscuro:  
una mujer salvaje a la que temo e invoco  
para que me alumbre  
para que me cure esta mirada de ciervo  
que no revela nada de lo que guardo en mi interior.

Ahí, en mi interior,  
una mujer danza  
alrededor de la hoguera.  
Sus cabellos vuelan  
y sus ojos son centellas de agua negra.

Hay una marea que habita en mí,  
clamando un vertedero,  
un río de lumbre,  
un trueno  
o una caricia  
que rompa las cadenas;  
un sollozar de hielos negros  
que se funden al tacto de mi cuerpo.  
Una estirpe dormida que despierta.  
Soy la roedora de cadenas,  
una mujer de piedra  
un corazón humeante.

¡Ábreme el pecho caminante,  
mira por dentro la maleza  
de fuego, el magma, el brillo  
que en mí anidan!  
¡Y tenme miedo!





Hasta que el canto se convierta en flor  
de lluvia, y limpie con su manto al mundo;  
cantemos,  
hermanas de una sola carne.

No habrá más oda que la alondra en vuelo  
ni más celo será la propia sombra.

Seremos lumbre, hermanas,  
caminaremos sobre el hielo,  
cruzaremos tormentas  
sembraremos racimos en el cielo.

Cantemos, hermanas, cantemos.

Hay una Iliada nuestra:  
una Diosa que escucha y que contesta.







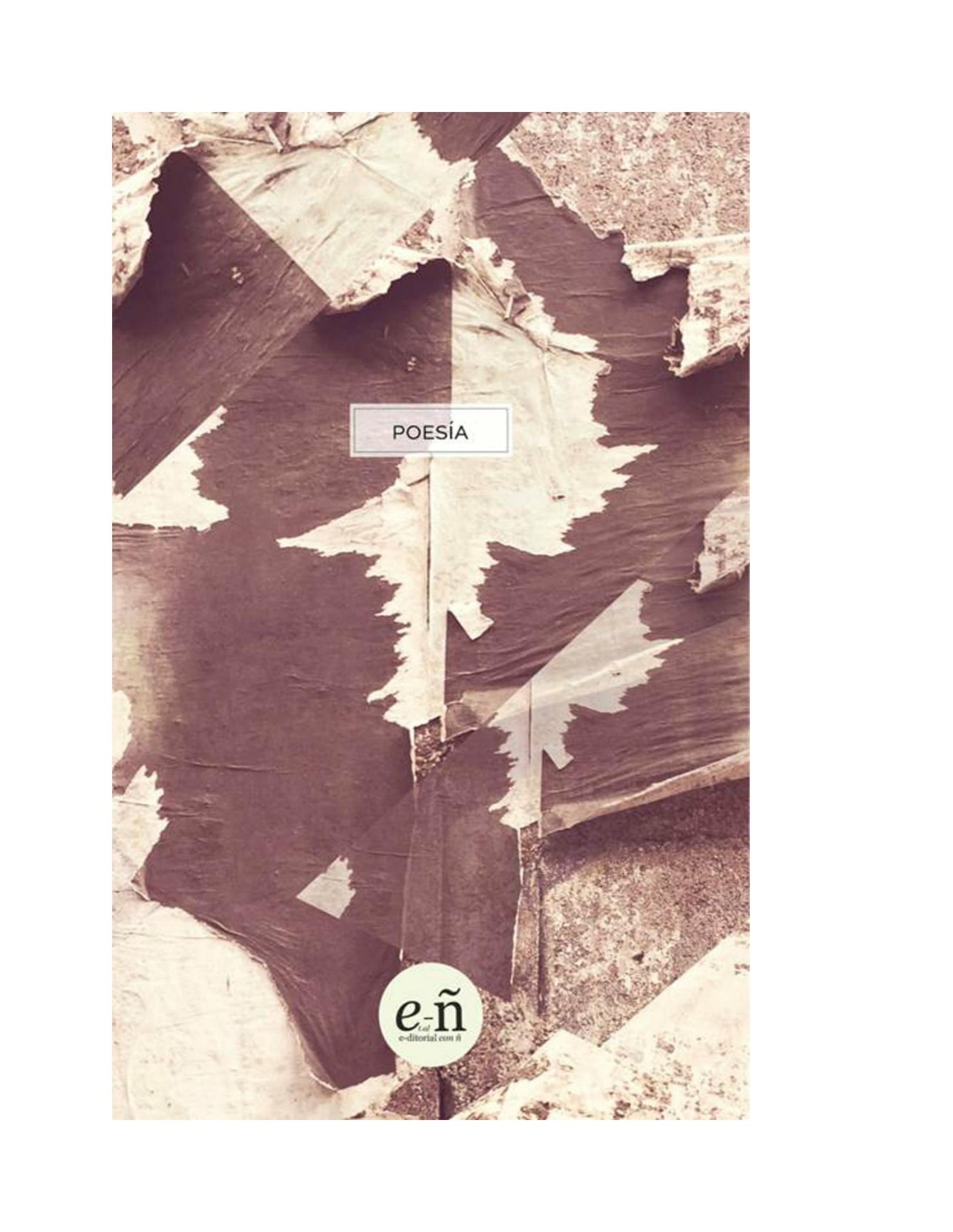
**ETHEL KRAUZE** (Ciudad de México, 1954), es Doctora en Literatura y autora de cuarenta obras publicadas a la fecha en varios géneros literarios, por las que han recibido un amplio reconocimiento, en antologías y traducciones a diversos idiomas: inglés, francés, italiano, ruso y esloveno.

Su obra *Cómo acercarse a la poesía* se ha convertido en un clásico contemporáneo, formando parte del acervo nacional en Biblioteca de Aula y Salas de Lectura de la Secretaría de Educación Pública de México.

Ha construido una plataforma teórica y didáctica de la creación literaria, que ha vertido en su obra ensayística: *Desnudando a la musa: ¿qué hay detrás del talento literario?*; además de su exitoso modelo con perspectiva de género, *Mujer: escribir cambia tu vida*, puesto en marcha en vinculación con el Conaculta y la Secretaría de Cultura de Morelos, donde actualmente reside.

Entre sus obras se encuentran sus libros de cuento *El secreto de la infidelidad* y *El instante supremo*; las novelas *El diluvio de un beso*, *Escenas de ira, tristeza y desesperación con momentos felices*, *Dulce cuchillo* y *Todos los hombres* y los poemarios *Bajo el agua*, *Inevitable* y *Convocaciones, desolaciones e innovaciones*.





POESÍA

e-ñ  
Editorial con il